

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Mayo de 1937

Núm. 143

Puntos de vista

El Centenario de Portales

Se ha celebrado el primer centenario de la muerte de don Diego Portales. Se han recordado con este motivo los innumerables episodios de su vida breve y trágica, y se ha vuelto a tomar su poderosa personalidad de hombre público para ponerla de relieve en esta hora de indecisiones y de sucesivas caídas doctrinarias. El caso de don Diego Portales es indudablemente único en nuestra historia. El solo formó una mística, la del orden y el solo infundió en la sociedad convulsionada de ese tiempo, el concepto de la disciplina administrativa y social. Son muchos los que han querido ver en su conducta política, una anticipación de las actuales ideas fuertes de Estado mantenidas en Italia por Mussolini. Es caminar muy de prisa. Es evidente que Portales fué hombre de extraordinaria personalidad y de un gran carácter, pero su obra política estuvo dificultada, más que por las fuerzas externas que se le opusieron sin grandes consecuencias, por la falta de espiritualidad de su creación. Aquel concepto de un ejecutivo omnipotente, tuvo la limitación de su propia energía. Comenzaba y terminaba en sí mismo. La máquina gubernativa funcionaba a alta presión, sin dejar un solo resquicio para que la personalidad humana volara libre y noble desde la cárcel en donde intentó mantenerla.

Las Repúblicas hispanoamericanas, luego de la emancipación, se deshicieron en las disputas civiles, sangrientas y ambiciosas de

sus caudillos. Lo que se había logrado a costa de tantos sacrificios, se disgregó por el crecimiento desorbitado de los jefes militares que querían a toda costa ser ellos los dominadores de la situación y los que mantuvieran sobre los súbditos, suspendida y flamígera, la espada con la cual habían roto la servidumbre en que España las había mantenido durante tres siglos. Pero por muy incipiente y precaria que fuera la masa civil había en ella o estaba formándose una conciencia democrática que repudiaba toda tiranía o toda extorsión. Tres siglos de esclavitud era suficiente y no podía prolongarse por más tiempo y esta vez por los mismos que se erigieron en salvadores, un estado de cosas que era la negación misma de la libertad. Las condiciones geográficas y aun humanas de Chile, permitieron que la nacionalidad, que había sido capaz de recular y arrojar del Gobierno el intento dictatorial de O'Higgins, soportara durante cinco años, más tarde, la dictadura de Portales. Esta dictadura fué como un espolonazo demasiado duro en el flanco del país. Realizó esa idea de orden abatiendo a los caudillos militares y aplastando una oposición liberal que quería imponer una Constitución de entonación democrática. Se dijo entonces que no había preparación suficiente en el país, para que pudiera gobernarse de acuerdo con una carta jurídica flexible y que permitiera una educación legal apropiada a sus habitantes. Una economía elemental como la que existía y una administración apenas insinuada, eran fáciles de mantener sin necesitar para ello, grandes recursos legales. Portales había asegurado una vez que no había constituciones buenas o malas, y que se podía pasar sin ellas. Cuando el ejército liberal, que defendía la Constitución existente, muy liberal para el tiempo, venció en los campos de Otagavía a los ejércitos defensores del peluconismo, la victoria fué convertida en derrota, en el campamento mismo de los vencidos, mediante una de esas artimañas en que tan fértil ha sido la historia de América. La acción de Otagavía fué la muerte de la Constitución de 1828. Y tan duro había sido el trance para los liberales o los llamados pipiolo, que meses más tarde los ejércitos

volvieron a encontrarse en Lircay y esta vez para ser el liberal definitivamente destrozado. Ya desde ese instante el poder de Portales quedaba definitivamente asegurado y su omnipotencia sería incontrarrestable.

No puede desconocerse por otra parte, el carácter que Portales imprimió a su Gobierno. Fué honrado a carta cabal, no transigió con los conspiradores y evitó en lo posible que los disturbios hicieran presa del país. La historia continúa investigando en torno a la arrogante figura de ese hombre, sin duda extraordinario, para su tiempo: ha recogido documentos que reafirman lo que la historia ha venido diciendo del dictador. Los aspectos personales están recargados por su propia y vehemente naturaleza. Portales en su abundante correspondencia—cerca de dos mil cartas—se confesó, día a día, y sin rubores, analizando sus negocios que no eran brillantes, sus ideas de gobierno y su vida privada. Pocos hombres públicos chilenos han dejado una documentación íntima más completa. Es más acertado decir que no hay un solo hombre de nuestra historia que pueda ostentar tal cantidad de documentos para formar o construir su propia personalidad, como los que se han descubierto últimamente y serán publicados en cuatro volúmenes.

La celebración del primer centenario de su muerte, ocurrida en las alturas del Barón, a poca distancia de Valparaíso, ha dado ocasión para que se recuerde su vida de gobernante, celebrando al propio tiempo la concepción de Gobierno fuerte y disciplinado. Cuando se contempla en la perspectiva la figura de ese carácter y se le rastrea en la historia, se comprende mejor que no perteneció a ningún partido político, ni tuvo concomitancias con los que más tarde trataron de apropiarse su obra. Portales desdeñó siempre, lo mismo a conservadores que liberales y si pareció que su obra estaba más cerca de los primeros o parecía inspirada por ellos, fué porque el orden que instauró benefició en forma directa a aquel partido. Buscando introducir el orden, Portales hizo un bien al país e indirectamente hubo de apoyarse en los herederos del espíritu colonial, que habían mantenido durante tres siglos eso que el

propio Portales denominaba con una exactitud profunda: «el peso de la noche». El peso de la noche era la quietud, el orden sin oposición, la tranquilidad para los negocios, el silencio en los espíritus, a fin de permitir que la disciplina obrara como un emoliente sobre las ásperas irritaciones que había provocado con la persecución a los adversarios políticos y con la destrucción de la Carta Constitucional del 28, destrozada en los campos de la guerra civil.

La figura de Portales no ha logrado aún serenar a los historiadores. Unos le elogian hasta el ditirambo. Otros le condenan sin remisión. A cien años de distancia, las circunstancias políticas o las conmociones sociales de los últimos tiempos parecen alternativamente darle la razón o presentarlo como un ejemplo muy doloroso de lo que es un Gobierno erigido por sí mismo en árbitro supremo de la vida de sus conciudadanos. Fué indudablemente un carácter entero, una voluntad original y dominante. Por eso mismo, los comentadores que le acercan su pasión desnuda, sus propios sentimientos, sin perspectiva, no logran aislarlo para hacerlo surgir tal como fué, es decir, un hombre excepcional en la verdadera acepción del vocablo.

D.